

el mar

Patricia García-Rojo



el mar

Patricia García-Rojo



Edición ejecutiva: Gabriel Brandariz
Coordinación editorial: Berta Márquez
Diseño y coordinación gráfica: Lara Peces
Ilustración de cubierta: Iratxe López

© Patricia García-Rojo Cantón, 2015
© Ediciones SM, 2015
Impresores, 2
Parque Empresarial Prado del Espino
28660 Boadilla del Monte (Madrid)
www.grupo-sm.com

Primera edición: abril de 2015

Quinta edición: julio de 2018



fundación sm

La Fundación SM destina los beneficios de las empresas SM a programas culturales y educativos, con especial atención a los colectivos más desfavorecidos.

Si quieres saber más sobre los programas de la Fundación SM, entra en

www.fundacion-sm.org

LITERATURASM•COM

ATENCIÓN AL CLIENTE

Tel.: 902 121 323 / 912 080 403

e-mail: clientes@grupo-sm.com

ISBN: 978-84-675-7780-8

Depósito legal: M-6418-2015

Impreso en la UE / Printed in EU

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Para Nacho, que me enseña a mirar tejados.



Vivo en un tejado, tengo un barco hecho en su mayor parte de corcho blanco, una piedra mágica y una novia que no me lo creo.

Aunque esto no siempre ha sido así.

Por eso lo cuento.



Cuando el mar se lo tragó todo, yo solo tenía siete años y unas ganas tremendas de quedarme viendo la tele en lugar de ir al colegio (no es que no me gustase el colegio, es que me gustaba mucho más la tele).

Una de las cosas raras que tienen los recuerdos es que soy capaz de visualizar perfectamente lo que estaba desayunando ese día –una tostada con mantequilla y mermelada de melocotón que olía a pies y un vaso de leche con miel–, puedo recordar con exactitud cómo entraba la luz en nuestra casa. Incluso me acuerdo de mis padres moviéndose por la cocina, preparando nuestras mochilas para después meternos con prisa a Miguel y a mí en el coche y llevarnos a clase. Hay cosas así que se te quedan grabadas para siempre.

No soy el único que le da vueltas constantemente al mismo recuerdo. Ni tampoco soy el único que puede describir detalles absurdos de aquel día, como un sonido, un sabor o una imagen concreta e insignificante. Todos lo hacen. Es como un tesoro que cada uno guarda y observa cuando nadie más está mirando. Mi joya más preciada es ese desayuno, la prisa de mi madre mientras sacaba y metía cosas de su bolso, el gesto que mi padre hizo para cargar a Miguel mientras le quitaba el babero y los dibujitos animados bailando en la televisión.

Tenía siete años y el agua entró poco a poco en la casa.

En mi imaginación fui el primero en darme cuenta.

Seguramente no entró tan poco a poco como yo lo recuerdo ahora.

Entró con fuerza, porque se lo llevó todo.

Con todo quiero decir a mis padres y a mi hermano.

Porque los edificios quedaron mágicamente en pie.

Hay cosas así que pasan de pronto y te cambian la vida por completo, si es que la conservas.

Y yo la conservé.

En realidad da igual que tengas siete o veinte o cien años ante una cosa así.

Si de pronto el mar decide que ha llegado su turno y se traga cada uno de los malditos pueblos de costa del mundo, te cambia la vida.

2

En once años te da tiempo a acostumbrarte.

A veces te descubres pensando que las cosas siempre han sido así; quiero decir, con el agua llegando hasta el quinto piso de los edificios y las montañas a lo lejos formando la nueva línea de playa. Ten por seguro que en once años la gente ha vuelto a acostumbrarse a veranear y a tomar el sol. El tiempo borra los recuerdos más horribles y, aunque al principio fuesen muy pocos los que elegían la costa como destino de vacaciones, ahora nuevos hoteles se llenan de turistas relucientes. O se organizan visitas en catamarán a los pueblos de los tejados con guías bronceados y sonrientes.

Somos una actividad de aventura.

A Rafa le toca las narices que los terrestres –así los llamamos, aunque en realidad nosotros también seamos terrestres, pero entiéndenos, nos sentimos más peces que otra cosa– vengan en sus barcos con monitores rubios en camiseta de tirantes, describiendo cómo eran antes nuestras casas. A los turistas les encanta. Llegan con sus lanchas y nos miran como si fuésemos animales de zoológico. Algunos quieren hacerse fotos con nosotros.

Es absurdo.

No todo el mundo entiende que hayamos preferido quedarnos aquí, en lugar de irnos tierra adentro como hicieron los demás supervivientes.

Pero sé que esto no solo pasa en este lado del planeta.

Sé que en los tejados que han quedado en la superficie a lo largo del mundo, como islas diminutas e incluso ridículas, viven muchas personas como yo: aterrorizadas con la idea de volver a tierra firme.

Supongo que cuando has visto lo que el mar puede hacer con la seguridad de tu piso de dos habitaciones, no es una mala decisión acostumbrarte a sus reglas.

Yo, por ejemplo, soy incapaz de vivir bajo techo.

3

Lo intenté.

Bueno, lo intentaron.

Me sacaron del agua y me llevaron a un polideportivo mientras se decidía la magnitud de la catástrofe.

Es curioso cómo un niño de siete años puede aprenderse esas palabrejas –*magnitud de la catástrofe*– y repetirlas en su cabeza constantemente como si fuesen un mantra.

Magnitud de la catástrofe.

Magnitud de la catástrofe.

No lo recuerdo muy bien, pero creo que al principio tenía la esperanza de que mis padres apareciesen por la puerta del polideportivo. A veces llegaba el tío de alguno de los niños que esperábamos allí, o incluso una madre venía a llorar abrazándose a su criatura, dando gracias a Dios a viva voz.

Había niños que eran tan pequeños que no sabían ni cómo se llamaban.

Yo sí.

Se lo dije a la enfermera cuando me preguntó.

–Me llamo Roberto Vega.

Ese es el nombre que me pusieron mis padres.

Pero ninguno de los dos vino a por mí.

Ellos no aparecieron.

Por eso ahora me dicen Rob. Acorta.

Y no tengo que acordarme de que Roberto Vega no recibió visitas. No es una cosa que sea agradable recordar, la verdad.

Todo esto debe de estar dando mucha pena.

A mí me daba pena aquel lugar lleno de niños que lloraban, lleno de pesadillas y padres que nunca aparecían. Creo que por eso decidí que era mejor largarse.

No sé cuánto tiempo estuve allí, pero un día me di cuenta de que aquel no era mi sitio. Esas cosas de pronto se saben. Soy una persona resolutiva, o lo fui en ese momento.

Era largarme o que me mandasen en autobús tierra adentro. Más lejos del mar. A cualquier hogar de acogida o a una casa con una nueva familia, como nos contaban los niños más mayores para intentar aterrorizarnos.

A mí no me hacía ninguna gracia. No quería alejarme de la posibilidad de encontrar a mi familia. A mi propia familia.

Tampoco quería imaginarme encerrado bajo un tejado. El mismo techo del polideportivo me asfixiaba, parecía querer caerse sobre mí. De día intentaba estar fuera, en un recinto vallado al que nos dejaban salir a jugar a la pelota. Por las noches no era tan fácil. Sentía que me faltaba el aire cuando clavaba los ojos en las vigas sobre mi cabeza.

No era el único al que le pasaba eso.

Había una chica –no sé cuántos años tenía y no me acuerdo de cómo se llamaba–, que se dio cuenta de que teníamos el mismo problema. Cuando apagaban las luces, venía hasta mi saco de dormir, me cogía de la mano y me llevaba junto a otros a una terraza que dejaban abierta y desde la que podíamos escuchar las olas a lo lejos. Era ridículo pensar que las olas ahora llegaban hasta allí, hasta el pueblo de montaña que veíamos desde la antigua playa.

Nos dormíamos unos encima de otros.

Noche tras noche.

Cada vez menos.

Hasta que me quedé yo solo en la terraza. Creo que al final hasta la chica aquella se fue en uno de los autobuses, en busca de una nueva familia. Otros se escaparon en cuanto pudieron.

Yo tenía claro que no quería coger un autobús, así que decidí largarme también.

No era difícil.

Quiero decir, nadie daba abasto.

Habían desaparecido millones de personas, el mundo había cambiado y no se sabía por qué. Los adultos estaban que trinaban. Yo estaba cansado.

Quería volver a mi casa.

Supongo que todavía no era demasiado consciente de que mi casa, que era un apartamento en la tercera planta de un edificio a tres minutos andando de la playa, había sido inundada por completo.

En mi alma infantil alimentaba la esperanza de que el mar se retirase poco a poco o de que mis padres y mi hermano me estuviesen buscando con un barco. Quizá ellos no sabían que yo había sobrevivido.

5

Ni lo uno ni lo otro.

Hace once años que el mar ganó sus nuevos terrenos y está más que cómodo.

Científicos de toda la Tierra siguen dando conferencias al respecto.

Yo me he acostumbrado. Vivo en un tejado y tengo mi propia barca, aunque sea una chapuza. Hago mis trabajos y cazo algún tesoro.

Sobrevivo.

Cuando mi amigo Rafa se pone a despotricar contra los turistas, yo imagino qué baratija puedo venderles para conseguir un buen trato. Compran cualquier guarrería con tal de que les cuentes una historia romántica explicándoles cómo lo sacaste del fondo del mar.

Soy bueno contando historias.

Pero soy muy malo con el trueque.

6

Soy cazador de tesoros.

La verdad es que no es nada épico si piensas que todos los que volvimos a los tejados nos dedicamos a lo mismo. Era la única manera que teníamos de mantenernos aquí.

Aunque tampoco es que se esforzasen demasiado en echarnos.

El trabajo es sencillo: te tiras al agua con tu red y buscas en las casas sumergidas más abajo cualquier cosa que puedas transportar. Lo que quiera que encuentres se vende o se cambia. Pero por aquí es mejor hacer un trueque que conseguir unas monedas.

Una vez me pasé tres meses con un billete grande sin que nadie quisiese venderme nada. En cambio, si consigues entrar en una despensa inundada y te haces con una lata de fabada o de piña en su jugo, tienes más posibilidades de hacer un buen trato.

Aunque no quiero engañarte: lo que de verdad mueve este mundo son las joyas y las cosas así. Te puedes pegar unas buenas vacaciones si encuentras un tesoro de ese tipo o los ahorros de alguien, o una caja fuerte pequeña en la que no ha entrado el agua. Incluso, a veces, aparece uno de los viejos habitantes de este pueblo y te cubre de oro solo por recuperar el oso de peluche más feo del planeta, porque le recuerda a su hija. Yo no soy de esos afortunados.

Después de once años no me he hecho con un emporio.

Empecé temprano, pero tuve que aprender muchas cosas mientras los demás conseguían los tesoros más asequibles cerca de la superficie. Ahora los pisos a los que tengo fácil acceso están prácticamente desvalijados, lo que aparentemente es un problema sencillo de resolver.

—Baja más, Rob —me dirías.

Piénsatelo antes.

No nos han salido branquias.

Efectivamente, necesito un equipo de submarinismo. Pero eso no es barato.

Acabo de decir que me siento un rey si consigo una lata de comida. Imagínate cuántas latas de comida tengo que conseguir para que me alquilen un equipo durante unas horas. Un equipo de los malos. De los que pueden dejarte tirado a mitad de la inmersión.

Para conseguir uno fiable debería haber empezado a desvalijar pisos con siete años. Empecé con diez. Los demás aprovecharon ese tiempo de diferencia para establecer sus posiciones dentro de nuestra comunidad.

Te aseguro que no es fácil ascender en los pueblos de los tejados.

Además, cuando llegué intentaron echarme.

Me había colado en una lancha del ejército, de las que iban a los tejados a recoger a los equipos de salvamento, que habían estado trabajando el día entero buscando posibles supervivientes. Hice el viaje callado e intenté mantenerme así cuando salí de mi escondite y divisé el panorama.

Imagínate.

Todo lo que abarca tu vista es mar negro bajo las estrellas. Si miras hacia atrás puedes ver las luces de los pueblos que han quedado a salvo, protegidos por la altura de la montaña. Son puntos amarillos y rojos y verdes. Pero a tu alrededor solo se escucha el océano. Y hay focos iluminando a los submarinistas que se deshacen de sus trajes, apoyados en la barandilla que antes protegía a la gente cuando se asomaba por un sexto piso.

El sexto piso ahora es un bajo y el mar golpea contra el murete que protege la terraza.

Me escondí entre dos chimeneas, temblando de pies a cabeza porque estaba aterrorizado con la idea de que me descubriesen y me devolviesen a tierra.

Cuando los militares se fueron y se llevaron sus luces, todo se quedó aún más negro.

Podía haberme muerto de miedo, pero me quedé frito antes. Creo que durante mi huida me había dado un ataque de nervios o algo así, y me relajé al sentirme a salvo en esa terraza.

Antes de que amaneciese me despertó un viejo con barba blanca y afilada que parecía un poco loco. Cubría su cabeza calva con una gorra de fútbol y vestía una camisa de flores y unas bermudas marrones.

—Lárgate de aquí, mocoso —me dijo mientras me daba una pequeña patada con su pie descalzo para despertarme—, si no quieres que te vuelvan a llevar a tierra.

Vivo en un tejado, tengo un barco hecho
en su mayor parte de corcho blanco,
una piedra mágica
y una novia que no me lo creo.

Aunque esto no siempre ha sido así.

Por eso lo cuento.

Una aventura de cazadores de tesoros
en una ciudad sumergida bajo el mar.

Un canto a la vida sencilla
y a la búsqueda de la felicidad
en las cosas pequeñas.

Una historia que demuestra
que el mundo no es lo que parece.

